



En lo alto de la capilla del horno, el Jaro explica el trabajo de carga al pie de la lumbra por donde se termina, en presencia de la Alejandra de Podo.

Por haberse quedado el porra de los horneros moteños debe consignarse su filiación; se llama Urbano Cruz Manjavacas, le dicen Gorra, por apodo familiar y Jaro por tener la pelambre gredosa como el barro de los cántaros y Colorao por la rubicundez de su cuero. Tiene 48 años es de la quinta de Alberto Noheda, el de Canuto. Su mujer, la hornera, se llama Natividad Cano Rodríguez y le dicen la Ramoncilla por herencia de su padre pero es una moteña fuerte y lustrosa que no hace honor a lo diminutivo del mote. Urbano no gasta pereza ni se adolece de hincar. Se ha hecho él mismo un horno de cal en la Pozanca que se lo hemos visto macizar con la carga sin dejar resquicio ni para pasar un ratón. ¡Qué tío!

La tarde del día 29 de mayo de 1972 se encendió perezosamente este postrer horno de la Mota, con la convicción tácita entre los concurrentes de que tanto el horno como la industria que le dió vida no tardarán en desaparecer.

El grupo fotografiado al pie de la puerta es bien significativo a este respecto. Si no están en él todas las cantareras, bastante lo sentimos, y se resentirán de ello las historias de la Mota, como de que no lo sean todas las que figuran en él, pero a todas les corre por la sangre la tradición del barro, y a los que no, como a los dos viejos caducos que aparecen sentados, su identificación con la cantarería y su devoción por las cantareras es tanta, que les parecen carne de su propia carne,